

La Madre Castillo

Por Horacio Bejarano Díaz

Entre los escritores de primer orden que produjo América durante la dominación española, Sor Francisca Josefa del Castillo, a quien se llama generalmente la Madre Castillo, puede nombrarse al mismo tiempo que el gran dramaturgo del siglo de oro Don Juan Ruiz de Alarcón, que Sor Juana Inés de la Cruz, una de las grandes poetisas de nuestra lengua y que el Inca Garcilaso de la Vega quien en clásica prosa produjo a León Hebreo y en sus “**Comentarios Reales**” dejó la mejor reviviscencia de lo que fue el gran imperio de los Incas.

La obra de la clarisa tunjana es un caso especial no sólo dentro de nuestra literatura sino dentro de la española, ya que ella aparece como una prolongación de la edad de oro en la ascética y la mística en una época de franca y rápida decadencia de las letras cuando estaban lejanos los genios del género —San Juan de la Cruz y Santa Teresa, los dos Luises, los franciscanos Juan de los Angeles y Diego de Estrella, los jesuitas Nieremberg, La Puente y Rodríguez— y la literatura religiosa había tomado el cauce del gongorismo en lo estético y el iluminismo y el quietismo en el contenido que por la frondosidad de la forma y lo peligroso de la doctrina merecieron la condenación dogmática y literaria.

Más de un siglo estuvieron inéditos los manuscritos de nuestra autora; a salvarlos vino la diligencia de un pariente suyo, quien los hizo copiar y encuadernar y ordenó la primera edición de **La Vida** en la Imprenta de T. U. Palmer y en 1817. Más tarde, en 1843, el mismo señor Castillo y Alarcón ordenó la edición de la primera parte de los **Afectos**, con el nombre de **Sentimientos Espirituales**, estos últimos en toda su integridad; para conmemorar el segundo centenario de la muerte de Sor Francisca en 1956 la misma entidad oficial realizó una nueva edición de la obra completa bajo el cuidado de Don Darío Achury Valenzuela, académico correspondiente de la lengua, edición que, a más de los dos jugosos estudios críticos del citado académico, estudios fundamentales para adentrarse en la obra y lo más completo como enfoque literario que se ha escrito sobre la monja tunjana, podemos considerarla como definitiva.

Dos son, pues, las obras de la Madre Castillo: **La Autobiografía** "elaborada sobre la minuciosa trama de su historia clínica y la sutil urdimbre de sus sueños, raptos, evasiones y deliquios místicos, y sobre esta tela, mirada al trasluz, vense animar las bulliciosas escenas de la vida conventual que conturbaron el silencio de la Tunja del siglo XVII y comienzos del XVIII, con las íntimas rencillas del claustro, escrutinios de maestras de novicias, elecciones de abadesas, celos de preladados, chismes del monjerío y resongos y bravatas de confesores y vicarios". **Los Afectos Espirituales** nos revelan el itinerario lleno de luces y de sombras, de congojas y gozos, de consuelos y contradicciones, de su alma hacia Dios a través de la vía iluminativa y comienzos de la vía unitiva.

Las confesiones de su autobiografía nos revelan que la mística clarisa, hermosa como Santa Teresa y de corazón tierno, no fue ajena al natural deseo femenino de agrandar: así que gustó de los adornos que realizaban su hermosura y le atraían la alabanza y admiración y conoció las dulzuras de un casto amor adolescente, de los que permitía el ambiente y las costumbres severas de ese entonces. Como la Santa de Avila gustaba leer los libros de caballerías, la futura clarisa de Tunja se deleitaba leyendo comedias, como único solaz intelectual en la ciudad neblinosa y triste. Un día cae en sus manos el libro de **Las Fundaciones** de Santa Teresa y la lectura de dicha obra decide su vocación a la que el ambiente familiar, el de la ciudad y su propio corazón le impulsaban hacia tiempo.

Su constitución enfermiza, su natural tímido, su espíritu inclinado a la duda fueron factores que hicieron de su vida un verdadero martirio en lo físico y en lo espiritual. Desde niña un cúmulo de sufrimientos mortificaron su cuerpo y su alma; y la paz que ansiaba encontrar tras el recinto murado del claustro, no vino nunca a su encuentro, porque Dios, a quien a través de las vías de la ascética y de la mística buscó afanosamente, quiso probarla no tanto para purificarla pues sus faltas fueron pocas, sino para acercarla más a sí por medio de la Cruz de Cristo.

No eran los conventos de ese entonces, y eso se ve al leer la autobiografía de Sor **Francisca**, modelos de observanza; la caridad estaba muy lejos de los corazones de las monjas, el espíritu seglar se asomaba por todas las ventanas; el nivel cultural de las compañeras de nuestra escritora se mecía muy por lo bajo; la devoción era apenas rutinaria; de manera que grandes fueron las luchas, duro el vivir por la envidia y la incomprensión de quienes sabían que Sor **Francisca Josefa del Castillo** escribía por mandato de sus confesores, no sólo su autobiografía sino aquellos sentimientos que el amor divino le inspiraba. La mayoría de las monjas ignoraba el arte de la escritura y casi la totalidad se contentaba con observar medianamente las prácticas de la regla de Santa Clara; así que no era rara su actividad ante quien fuera de tender hacia su propio perfeccionamiento poseía la habilidad para narrar su vida y expresar como Santa Teresa sus comunicaciones con Dios.

Fue la obediencia lo que llevó a escribir los incidentes de su vida y el resultado de sus comunicaciones con Dios a Sor Francisca; pe-

ro no hay que olvidar los factores temperamentales, de lecturas y de medio ambiente que explican de una manera humana la facilidad y aún necesidad de escribir que poseyó la hija de Santa Clara. Desde niña gustó de la lectura; por manera extraordinaria entendió la Sagrada Biblia escrita en latín; conoció los grandes místicos y supo saborearlos y asimilarlos; esos místicos nacidos en su mayoría en la meseta castellana que tiene la misma gravedad y melancolía, idénticas colinas desnudas sobre las que se cierne un aire acre y bermellón, en apariencia estéril pero fecunda, de la Ciudad de los Zaques. Paisajes ambos desolados que convidan a la meditación más que al goce de la vida, a la comunicación con Dios preferentemente a los desahogos con los humanos; su temperamento sensible, delicado y melancólico, al no encontrar correspondencia en sus hermanas de religión hizo que se replegara en sí misma, y aunque confiesa que le repugnaba escribir los acontecimientos de su vida, debía encontrar en tan penosa tarea, —pues los **Afectos** los escribía con gusto— una manera de evasión, por otra parte psicológicamente explicable.

La Vida y Los Afectos no pueden estudiarse por separado en su valor místico y literario, pues ambas obras se complementan. La primera nos narra, en términos generales, lo externo de su vida que nada tiene de extraordinario en cuanto a lo que la rodea pero que toma valor con la descripción difícil de los fenómenos de orden sobrenatural; y es esta última fasceta la que liga de manera indisoluble la autobiografía con los **Afectos Espirituales**.

Durante el reinado de Felipe II la prosa religiosa fue el sector más importante de la literatura española. La ascética que es el esfuerzo personal por lograr la máxima perfección por la práctica de las virtudes y el dominio de las pasiones y la mística que busca la íntima unión con Dios anticipando, en cierto modo, la felicidad del cielo, hallan en la literatura española la mejor y más bella expresión en las obras de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, Fray Luis de Granada y Fray Luis de León, Fray Juan de los Angeles y Fray Diego de la Estrella, San Ignacio de Loyola y el Padre Rivadeneyra, Malón de Chaide y la Madre Agreda.

La mística española tiene sus raíces en las corrientes que partiendo de la edad media traían elementos neoplatónicos, agustinos y franciscanos, que consideraban el amor o una cierta iluminación íntima como el mejor camino para llegar a Dios, ya que Este se halla sobre todo conocimiento meramente humano.

Las figuras principales de esta corriente son: San Bernardo, San Buenaventura, los alemanes Eckart, Tauler y Suso, los flamencos Ruybroeck y Dionisio Cartujano y el autor de la **Imitación de Cristo**. Los místicos alemanes y flamencos hicieron hincapié en popularizar la vida religiosa apartándola de lo intelectual y externo y tornándola íntima, emotiva y personal.

Fundidas las anteriores tendencias con el carácter y el temperamento españoles, aparece nuestra mística como una conciliación entre la contemplación pasiva y una fervorosa actividad como una afirmación de la personalidad humana frente a Dios, de modo que no se pierde la libertad; como una manera de buscar a Dios dentro de

sí, mejor que en el mundo sensible e inteligible; de ahí el profundo análisis psicológico de nuestros místicos; como una reafirmación del sentido realista español que buscó en la humanidad de Cristo y en sus dolores físicos y morales el punto de partida para el progreso espiritual.

Los místicos españoles lejos de considerar sus doctrinas y experiencias como algo comunicable sólo a los iniciados, quisieron popularizarlas como una manera de evangelización o de extender la idea del imperio material de España a las cosas del espíritu. De ahí que su intención principal no fuera el crear belleza sino adoctrinar espíritus, consiguiendo eso sí, sin quererlo, realizar altos valores literarios.

Las obras de la mística española son un esfuerzo para expresar con claridad el fruto de sus experiencias y doctrinas; pero lo inefable de la unión con Dios no puede ser comunicado sino por medio de símbolos, porque el lenguaje directo es insuficiente para expresar fenómenos tan lejanos de la comprensión humana; de ahí la cantidad de símbolos, metáforas, paradojas, frases de vago sentido y exclamaciones que encontramos en nuestros místicos clásicos.

La Madre Castillo conoció, según nos lo atestigua su obra, y de una manera que pasa de lo común la Sagrada Biblia, las obras de Santa Teresa y los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. También leyó con asiduidad algunas obras de ascética y mística franciscana y jesuíta preferentemente, como el **Abecedario Espiritual** de Fray Francisco de Osuna, la **Lucha Espiritual y Amorosa entre Dios y el Alma** y los **Diálogos de la Conquista del Reino de Dios** de Fray Juan de los Angeles y **Aprecio y Estíma de la Divina Gracia** del Padre Nieremberg. Perteneciendo, como perteneció a la Orden de San Francisco, no debió desconocer las obras de San Leonardo de Portu-Mauricio y del Padre Diego Murillo. Además debieron serle familiares a la monja tunjana algunas obras del Padre Granada, de Fray Alonso de Cabrera, de Pasavicino; ciertamente se sabe que leyó una obra del cartujo Antonio de Molina y quizás **La Paciencia Cristiana** de Fray Hernando de Zárate, la **Vida de Cristo** atribuida a San Buenaventura y las obras de San Juan de la Cruz y de Fray Luis de León; y, como apunta Achury Valenzuela, no es extraño que hubiera dejado de conocer a Malón de Chaide cuyos temas consonaban con los gustos y aficiones de la escritora clarisa.

Con tal lenguaje literario y con tal experiencia mística se explica el valor religioso y literario de la **Vida** y los **Afectos**. Nada de heterodoxo hay en ellas y aunque domina el estilo oratorio, las repeticiones, los períodos y frases incompletas o diluidas, los descuidos sintácticos y la lógica carencia de un plan y método, su casticismo es de pura cepa castellana, sus relaciones tienen el sello de la sinceridad que se manifiesta por la sencillez y la convicción y las observaciones psicológicas son exactas.

El estilo de la **Vida** y de los **Afectos** es diferente, superando el de éstos al de aquélla. Esto se explica por dos razones: la **Vida** la escribió contra su querer y de ahí la sinceridad para contar lo trivial y el desatino de quien hace una confidencia; los **Afectos**, por su tema

y por la moción interior, eran desahogos de su espíritu, modos de ponerse en más íntima comunicación con Dios. Pero Sor Francisca por temperamento carecía del arte narrativo y abundaba en el oratorio. De manera que cuando cuenta su vida desfallece y aprovecha la ocasión para la amplificación retórica con la que están de acuerdo los **Afectos** en que la temática se presta para las generalizaciones, las imágenes y toda suerte de lenguaje figurado que usa con novedad, brío y calor.

La influencia literaria más fácil de comprobar en la obra de la Madre Castillo es la de Santa Teresa de Jesús. La reformadora del Carmelo fue para la mística clarisa un verdadero modelo a quien se propuso imitar, especialmente en su autobiografía que, sobre todo en los primeros capítulos, da la impresión de un calco de la obra tereciiana. Achury Valenzuela en el cuidadoso estudio liminar a la **Vida** hace un documentado cotejo de esta afirmación.

Don José Manuel Marroquín acusó de gongorista a nuestra autora sobre todo como poetisa. Aunque no se le puede absolver del todo de tal pecado —para los preceptistas tradicionales es pecado y cualidad para algunos modernos—, ya que el barroco se salta de bulto a veces en la clarisa, sí queda un tanto en falso el juicio del autor de **El Moro**, pues Gómez Plancarte descubrió que algunos de los romances de la monja tunjana como **Al Santísimo Sacramento**, el poema **A la Concepción de Nuestra Señora** y las **Endechas a la Muerte de Nuestro Señor** son de la monja mejicana Sor Juana Inés de la Cruz, extractadas las dos últimas poesías de **El Divino Narciso**, por donde se concluye que la afición a las comedias de Sor Francisca empezó a lo humano pero terminó muy a lo divino. El primer romance sí tiene algunas estrofas hijas de la propia inspiración.

De todas maneras nos quedan cuatro poesías místicas de Sor Francisca Josefa que servirán para que la sigamos considerando como poetisa, aunque como tal no llegue a las alturas de su prosa natural, fluída, tierna, delicada y edificante.

Suelen los tratadistas establecer un paralelo entre Santa Teresa y la Madre Castillo, paralelismo que a nuestro juicio sólo existe en lo referente al ambiente familiar y de la vida religiosa, aficiones literarias y ascético-místicas; porque temperamentalmente ese paralelismo no puede establecerse ya que Santa Teresa llevó una vida activa y contemplativa, fue conductora de almas, guía de conciencias y reformadora de su orden y la monja de Tunja fue contemplativa únicamente, escrupulosa, incapaz de guiar a los demás, desconocedora del mundo y víctima de sus hermanas en religión. Santa Teresa es en su estilo castiza y con una sencillez popular mientras que la Madre Castillo aunque escriba castizamente se resiente de ampulosidad oratoria. Fuera de lo anterior Santa Teresa es un talento genial que no admite comparación con las personas de su sexo, pues como dice Valera: "Toda mujer que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, han escrito, cede la palma y aun queda innensamente por bajo, comparada con Santa Teresa".